

# EL DESBORDE

**Vislumbres y  
aprendizajes  
del 18-0**

**EUGENIO TIRONI**

 Planeta

# El desborde

Vislumbres y aprendizajes del 18-O

Eugenio Tironi

Este libro no podrá ser reproducido, ni total ni parcialmente, sin el previo permiso escrito del editor. Todos los derechos reservados.

© 2020, Eugenio Tironi  
Derechos exclusivos de edición  
© 2020, Editorial Planeta Chilena S.A.  
Avda. Andrés Bello 2115, 8° piso, Providencia.  
Santiago de Chile

1ª edición: marzo de 2020

Inscripción N°: 2020-A-1260  
ISBN: 978-956-360-705-5

Impreso en: Gràfhika Impresores Ltda.

Chernóbil es un enigma que aún debemos descifrar.  
Un signo que no sabemos leer.  
Tal vez el enigma del siglo XXI. Un reto para nuestro tiempo.

Svetlana Alexiévich, *Voces de Chernóbil*

Las primeras semanas de noviembre de 2019, mientras Chile parecía incendiarse por los cuatro costados, yo figuraba leyendo *Vislumbres de la India*, el ensayo en el que Octavio Paz intenta comprender ese país insondable, acercarlo hasta donde sea posible a los códigos culturales occidentales o, mejor dicho, mexicanos.

A pesar de su erudición y perspectiva histórica, lo de Paz no es una investigación científica. Es más bien una travesía personal; el registro de un encuentro que, pasado el choque inicial, se transforma en enamoramiento. El orden del texto, si lo hay, no es lo que importa. Lo atrayente es la curiosidad que inspira la búsqueda, el deslumbramiento casi infantil con lo que va descubriendo, la delicadeza con que se van abriendo los pliegues que forman una cultura; ese fascinante misterio que, a pesar del esfuerzo por iluminarlo, no se disipa, que se resta a toda comprensión, que queda ahí como un tesoro destinado a perdurar hasta el fin de los tiempos.

Nada me gustaría más que acercarme al Chile que irrumpió ante nuestros ojos el 18-O, ese que aún no termina de asombrarnos, aterrarnos y entusiasmarnos, con la misma modestia y cuidado que pone Paz en “vislumbrar” la India. Guardando las

distancias, que son por cierto gigantes, es lo que intentaré hacer en este breve ensayo.

Algunos dirán que hay que ser cuidadosos de no repetir los pecados del pasado, entre los cuales se cuenta construir una explicación que pretende dar respuesta a todas las preguntas. Otros dirán que aún es temprano para hacer un análisis comprensivo y sacar conclusiones. O que ya pasó el tiempo de los diagnósticos y explicaciones; que es el momento de las propuestas, de las soluciones, de las salidas. No estoy de acuerdo ni con unos ni con otros. Toda terapia depende del diagnóstico. Ya sabemos que ni siquiera el nombre que se le da al síntoma es inocuo, como lo demostró dramáticamente aquella frase cuando el presidente Piñera describió la situación como una “guerra”. Por lo mismo, y a pesar de la perplejidad, no creo que sea buena idea ahorrarnos la explicación de lo que condujo al 18-O. Cualquier reflexión en esta dirección, por simple, parcial e imperfecta que sea, ayuda.

Lo que viene a continuación no tiene la novedad ni frescura de las nuevas miradas que han tomado protagonismo en los últimos meses; voces nuevas que introducen otros enfoques y perspectivas, volcando nuevamente a las ciencias sociales chilenas a usar sus instrumentos para mirar y proyectar la sociedad en que vivimos. Este ensayo es tributario de enfoques antiguos e instrumentos viejos. De hecho, son reflexiones que he venido formulando por muchos años en diversos formatos; entre ellos libros, cursos y, desde luego, en mis periódicas columnas de opinión en *El Mercurio*. Se nutren, también, de las numerosas conferencias que he dado ante diversas audiencias con la intención de dotar de cierta inteligibilidad al 18-O.

No hay aquí un relato coherente, que se vaya desgranando ordenada y sistemáticamente, para probar una tesis omnicomprendensiva. Apenas son aproximaciones, comentarios y viñetas sobre diferentes aristas del Chile que se abrió ante nuestros ojos, hasta encandilarnos, en octubre de 2019.

Santiago, febrero de 2020.



## El “estallido”

### ¿POR QUÉ LO QUE PARECÍA NORMAL SE VOLVIÓ INTOLERABLE?

No estamos, es obvio decirlo, ante un campo vacío. Hay ya varias interpretaciones batallando por imponerse. Se trata, por cierto, de “falacias narrativas” para emplear el feliz término del psicólogo y Premio Nobel de Economía Daniel Kahneman; esto es, de historias, relatos o narrativas que construimos *ex post* para darle un sentido a lo que sucedió en el pasado y así poder digerirlo e integrarlo a nuestra vida. Muchas veces —la mayoría— recurriendo a explicaciones monocausales y simplistas para explicar lo intrincadamente complejo.

La lista es amplia. Así, todo se explicaría por el ataque de agentes extranjeros, por las redes sociales, por los matinales, por la corrupción y los abusos empresariales, por el ensimismamiento de los políticos, por el voto voluntario, por la Constitución de Pinochet, por el bajo crecimiento económico, por la carestía de bienes y servicios básicos, por la bronca contra Piñera o, poniéndose ya más sofisticados, por la desigualdad o el quiebre generacional. De todo eso hay un poco, no cabe duda, pero ninguno de esos factores explica por sí solo lo que ha ocurrido. Mal que bien, veníamos conviviendo con todos

ellos por largo tiempo sin que se produjera un estallido de esta envergadura.

¿Por qué todos o algunos de los factores arriba mencionados, que se vivían como normales, se hicieron de pronto intolerables, al punto de provocar un estallido de las dimensiones del que estamos viendo? ¿Por qué no ocurrió hace tres, siete, o catorce años cuando muchos de esos rasgos como la carencia y la desigualdad eran aún más agudos? Esto es lo que trata de explicar —o mejor dicho, de vislumbrar— este ensayo.

Hay causas propiciatorias, esos elementos que se ha dado por llamar “estructurales”, pero también concurren factores precipitantes o “acelerantes” para usar la jerga post 18-O. Es necesario hacer la distinción. A veces, por la voluntad de hacer avanzar una agenda de cambios que no ha conseguido el respaldo de las urnas, se enfatiza en exceso el primer tipo de componentes, al punto que terminan por invisibilizar algunas causas más contingentes que, en mi opinión, han tenido un papel crucial en el desencadenamiento del estallido. Pienso, por ejemplo, en la irritación que llegaron a generar en la población el presidente de la República y el gobierno, que se acentuó a grados superlativos con su primera reacción ante el 18-O.

La naturaleza misma de los factores que alimentaron la explosión también son diversos. Los hay socioeconómicos, desde luego, pero estos no agotan la explicación, como se nos pretende hacer creer desde ambos lados; tanto de quienes idealizan la prosperidad económica, como de los que idealizan la igualdad. La carencia no produce revoluciones ni sublevaciones; lo que produce en la mayoría de los casos, lastimosamente, es resignación. Tampoco, *per se*, la desigualdad. Esta se puede soportar si hay experiencias recientes y expectativas futuras de movilidad

o ascenso social. Así ha ocurrido históricamente, por ejemplo, en Estados Unidos, lo que le ha permitido sobrellevar niveles de desigualdad muy superiores a los de Europa. Lo mismo, si actúan otros mecanismos de integración social de tipo tradicional, como los religiosos, carismáticos y familiares. Basta ver, al respecto, el sistema de castas de la India. Una mezcla de ambos ingredientes quizás operó en Chile hasta el 18-O. Lo que hay que interrogarse es por qué la ecuación dejó de funcionar.

Digamos que las revoluciones, sublevaciones y estallidos no se producen ni por las carestía ni por las desigualdades, como se sostiene desde un enfoque economicista. Se generan primordialmente —es lo que enseña al menos la vieja sociología— por el choque entre las expectativas culturales y las posibilidades que ofrece la vida material; por el resentimiento y la sensación de injusticia que se van acumulando cuando las ilusiones ya internalizadas no se cumplen o se postergan indefinidamente, y no hay aspiraciones alternativas en las cuales depositarlas. Cuando se llega a este punto se habla de la erosión de los mecanismos de cohesión social. Es entonces que así cualquier estallido es posible.

#### LA DENOMINACIÓN NO ES BALADÍ

Si aceptamos lo anterior, parece necesario observar los factores sociales que puedan servir de antecedentes a la explosión del 18-O. Está, por ejemplo, el demográfico. Nunca en su historia Chile ha tenido una población tan envejecida, ni tan escasa capacidad —y disposición— de los descendientes para hacerse cargo de los mayores, lo que eleva la presión sobre un sistema de pensiones que está muy lejos de responder a las necesidades de buena parte de los pensionados, ni qué decir de cumplir con las expectativas que creó.